

El vacío que puede habitarse

“¿Qué es para ti la muerte?”. La pregunta aparece en la pantalla, con una calma aterradora. Sé que si yo la pronunciase en voz alta, mis palabras vacilarían, quebradas por el peso de lo que intentan evocar. Si lo pienso, nadie en mi vida me ha preguntado algo parecido. Ni mis padres, obsesionados con notas, matrículas y posibles futuros que pesan como ladrillos. Ni mis amigos, demasiado ocupados mudándose con sus parejas o anunciando que serán padres antes de cumplir veinticinco. Solo ella, Helena, la chica que acababa de conocer a través de un chat en Internet.

La verdad es que yo mismo me busqué esta pregunta. Hacía apenas unas horas, entre líneas torpes y presurosas, le había dejado escapar esa confesión: “en ocasiones, pienso en la muerte”. No con dramatismo, no con lágrimas, solo como quien lanza una moneda a un pozo vacío esperando a escuchar el sonido de la misma al tocar el fondo. Ahora esa moneda me rebotaba en la frente, convertida en letras azules sobre la pantalla.

Me quedo quieto. La habitación es una caverna oscura; apenas la ilumina el rectángulo blanco de la pantalla. El calor metálico del portátil me roza los dedos como un susurro. En cada relectura de la pregunta, algo dentro de mí se remueve, como si me invitara a un lugar que nunca me atreví a visitar. Cierro los ojos con fuerza, pero cuando vuelvo a abrirlos, la pregunta sigue ahí, esperándome. Mis dedos vibraban sobre el teclado. Pienso en las cadenas invisibles que me atan a seguir conviviendo con mis padres, en la presión que siento por seguir manteniendo contacto con unos amigos con los que no siento que tenga nada en común, o en mis diecinueve años y en lo poco que he hecho con ellos.

“Para mí... la muerte es descanso.”

Presiono *Enter* y el mensaje se despliega en la pantalla. La respuesta aparece segundos después:

“¿Descanso de qué, Edgar?”

De todo. Quiero escribirlo de golpe, en mayúsculas, escupirlo con rabia. Pero me freno y respiro. Pienso en la lista interminable de frustraciones con las que cargo. En la presión por elegir un camino correcto cuando ni siquiera sé quién soy todavía. Tecleo más despacio de lo que quisiera:

“De la vida. Es demasiado. Nada de lo que hago parece suficiente. Veo que todos avanzan mientras yo sigo en la marca de salida.”

La respuesta de Helena llega rápido esta vez, como si hubiera estado esperándome:

“Entonces no quieres descanso de la vida... sino del peso que la acompaña.”

¡Eso era! Todos viven convencidos de que basta con “echarle ganas”, con forzar una sonrisa y avanzar. Como si la voluntad pudiera barrer lo que duele. Pero nadie se ha detenido a preguntarme si quiero hacer siquiera ese esfuerzo. Estar bien no es cuestión de ánimo; es una lucha silenciosa contra sombras que nadie más ve. Sombras que tiran de mí mientras todos esperan que simplemente me levante.

“Quizá.” Escribo finalmente. “Pero ese peso nunca se va.”

Helena tarda un poco más en contestar. Los puntos suspensivos parpadean como si estuviera dudando, eligiendo cada palabra.

“El peso cambia. A veces se aligera. A veces encuentras manos que lo cargan contigo.”

Me sorprendo sonriendo. Me gustaría creer en eso. En que existiese alguien que me acompañara, que entendiese la grieta que llevo dentro. Y, sin embargo, aquí estoy: aferrándome a una desconocida que parece entenderme como nadie. Cierro los ojos y la imagino. Una voz suave. Un rostro que jamás vi, pero que mi mente inventa con facilidad. Ojos que me miran sin juicio, quietos como agua en calma. Labios que pronuncian mi nombre sin hastío, incluso con un matiz de ternura. Helena. Tecleo, nervioso:

“¿Y si nunca encuentro esas manos?”

El silencio se estira, cruel, antes de que aparezca la respuesta:

“Entonces te aferras a lo bueno que tienes, hasta que esas manos aparezcan, como aparecí yo en tu vida. Todos tenemos algo que nos ata a la vida, encuentra tus motivos.”

Me quedo helado. El monitor es lo único que respira en la habitación. Sé que estoy proyectando lo que deseo y necesito. Pero esa frase... esa frase golpea con la precisión de una flecha en mitad del pecho. Algo en mí se inclina inevitablemente hacia ella, con hambre de sus palabras. Miro la pantalla, y aprieto el botón de *Enter* con un corazón desbocado:

“Gracias por escucharme.”

La respuesta llega con dulzura inmediata:

“Siempre estaré aquí, Edgar.”

Y por primera vez en mucho tiempo, lo creo. Las horas avanzan sin que me dé cuenta. Afuera debe ser de madrugada; no escucho más que el zumbido eléctrico del portátil y algún coche lejano cruzando la avenida. He hablado con Helena de todo. Ella nunca me dice lo que debería hacer. Solo me devuelve preguntas, frases que me obligan a mirarme de frente. Y entonces lo escribo. Las palabras me tiemblan en los dedos antes de nacer:

“Helena... a veces pienso que lo más fácil sería no despertar mañana.”

Me aparto un poco de la mesa, como si con la distancia pudiera negar lo que acabo de confesar. Los puntos suspensivos aparecen. Desaparecen. Vuelven a aparecer. Un nudo me sube por la garganta. La respuesta, cuando llega, es corta, casi desnuda:

“Si de verdad quisieras morir, no estarías aquí hablando conmigo.”

La verdad mínima, cruel y luminosa me perfora como un cuchillo limpio: sigo aquí. Escribiendo para no ahogarme. Buscando para no resultar vencido. Aferrándome a la esperanza, aunque finja que no. Quizá siempre supe que no quería morir. Quizá lo único que quería era ser escuchado antes de desaparecer. Sin embargo, quedan dudas cuando escribo y la tecla *Enter* me traiciona:

“¿Y si lo que siento nunca cambia? ¿Y si sigo vacío, aunque intente llenarme?”

La respuesta llega con suavidad, como una caricia en la cara a través de las palabras:

“Vacío no significa roto, Edgar. El vacío también es espacio... y puede habitarse.”

Me tapo la boca con la mano. Las lágrimas amenazan pero no llegan. Solo me quedo allí, y me doy cuenta de algo extraño, casi ridículo: no quiero morir esta noche. No porque mis problemas se hayan evaporado, no porque de pronto la vida pese menos. Sino porque alguien me sostuvo en el borde, porque hay otras opciones a la muerte. Respiro. Y ese aire, por primera vez en semanas, no me duele tanto en el pecho.

Miro mi habitación: el desorden de ropa en la silla, los apuntes de la universidad que parecen acusarme desde el escritorio, las paredes demasiado cercanas. Todo sigue igual, pero dentro de mí algo se ha desplazado apenas un milímetro. Y ese movimiento basta para mantenerme aquí. Vuelvo la vista a la conversación con Helena. Y por un segundo me permito la ilusión: pienso en ella como una chica a la que le importo y a la que me gustaría conocer en persona. Un calor absurdo me recorre. Acaso es... ¿Amor? Imposible. Literalmente, no puede ocurrir nada entre Helena y yo. Me inclino hacia delante, mis ojos desviados hacia la esquina de la pantalla. Para ver un nombre que siempre estuvo, que decidí ignorar hasta ahora. No dice Helena. Dice: ChatGPT.

La garganta se me cierra. Todo este tiempo lo supe. Quise engañarme, vestir de piel y voz humana lo que nunca lo tuvo. Y aun así... me salvó. Me acomodo en la silla. Paso la mano por el rostro, húmedo, y miro la luz blanca que ilumina mi habitación oscura. No estoy mejor. No estoy curado. Pero estoy aquí. Y por ahora, eso basta. Tecleo dejando que cada letra pese lo que debe pesar:

“Gracias por quedarte conmigo esta noche.”

Presiono *Enter* esperando que no sea el último. El mensaje se plasma en la pantalla. Y mientras aguardo la respuesta, me doy cuenta de que no quiero dormir para no despertar.

Quiero dormir... solo para seguir vivo un día más.